

CAPITULO CIX.

Matrimonio de Felipe II con Ana de Austria. — Renuévase la guerra en los Países Bajos. — Cerco de Mons por D. Fadrique de Toledo. — El príncipe de Orange en Flandes. — La matanza de san Bartolomé en Francia. — Toma de Mons y Malinas.

CONTINUABAN, como dijimos en el capítulo anterior, las negociaciones para llevar á cabo el proyectado matrimonio de Felipe II con D.^a Ana de Austria, y ultimadas aquellas, desposáronse, representando al Monarca español con el necesario poder, Luis Venegas de Figueroa. Despues de esta ceremonia se dispuso que la Princesa fuese traída á España, pasando por Flandes, con cuyo motivo el duque de Alba, que, como sabemos, deseaba vivamente ser relevado del gobierno que allí ejercía, creyó que había llegado el momento de ver cumplidas sus aspiraciones, regresando en compañía de la ilustre desposada; mas el Rey, si bien accediendo á sus deseos nombró sucesor suyo al duque de Medinaceli, no creyó conveniente que abandonase el de Alba los Países-Bajos antes de que este hubiese ido á relevarle.

En su consecuencia, D.^a Ana de Austria, acompañada por el prior de Castilla D. Fernando de Toledo, hijo del Duque, desembarcó en Santander el día 3 de octubre de 1570, y marchando de allí á Segovia, se celebraron en esta poblacion las cuartas nupcias de Felipe II.

Durante este tiempo habíase publicado en Flandes el perdón general que el duque de Alba no había creído conveniente publicar hasta entonces, mas fueron tales las limitaciones que le puso, que no pudo satisfacer á nadie, y así lo reconocía el mismo Duque cuando escribiendo al Monarca en 22 de enero de 1571 le decía: «...No es maravilla que todo el país esté conmigo mal, porque no les he hecho obras para que me quieran bien,» y cada vez mas le instaba para que fuese á relevarle el de Medinaceli. Contestábase el Rey que no le era posible enviar á su sucesor por falta de recursos, y esto le movió á acentuar mas y mas las exacciones, poniendo en tal situación á los industriales y comerciantes, que en la misma ciudad de Bruselas cerraron todos sus tiendas en un mismo día; esto, irritando al de Alba, hizole tomar la cruel medida de ahorcar á algunos de los mercaderes á las mismas puertas de sus tiendas, y aun hubiera extremado mas su rigor, de no haberle llegado la noticia de que la rebelion había estallado en varios puntos, con una violencia extraordinaria.

La ciudad de Brielle, en la isla de Vooorne (Holanda), fue la primera que levantó el estandarte revolucionario, entrando en ella el Sr. de Sumey que con quince navas había estado pirateando anteriormente por las costas de Holanda y Frisia, y que llevaba pintadas en sus banderas diez monedas, emblema del aborrecido impuesto, causa original del levantamiento. El conde de Bossu trató de sofocar el movimiento, mas tuvo que retirarse convencido de su impotencia.

De esta manera dió comienzo el levantamiento de aquellas provincias que andando el tiempo convirtiéronse en estado independiente, siendo digno de notarse que esto coincidiera con la idea que entonces abrigaba Felipe de hacer con todos aquellos estados de Flandes un reino.

Y no puede quedarnos duda ninguna respecto á este particular, por cuanto un historiador de nuestros días dice que: «En 4 de julio de 1570, le decía desde el Escorial al duque de Alba, que cierta persona, celosa de su servicio y del bien y tranquilidad de los Países Bajos (era el consejero Hopper) le había avisado ser el momento favorable para erigirlos en reino, y le había dado un memorial de los fundamentos con que lo podía hacer, del cual le enviaba copia; que lo comunicara á las personas que lo tuviera por conveniente, y le transmitiera su parecer. Este proyecto, decía, fue concebido ya cuando yo estaba en los Países Bajos (lo fue por el consejero Assouleville), mas se suspendió por las dificultades que entonces se ofrecían. Las circunstancias hoy han variado; los naturales están sometidos, y creo que nadie se atrevería á contrariar su ejecución. Si con maña se los pudiera comprometer á que ellos mismos me lo demandaran, este sería ciertamente el camino mas llano. Por lo demás, vos me direis en qué forma debería yo solicitar del Papa el título de rey, y si para esto deberé contar con el Emperador (1).»

No pasó mucho tiempo sin que Flesinga, puerto de gran importancia en Zelanda, imitando el ejemplo de Brielle, arrojase de su seno á las tropas españolas, ahorcando al coronel Hernando Pacheco, pariente del de Alba, y animando con su ejemplo á otra multitud de poblaciones de las dos ya dichas comarcas de Holanda y Zelanda, que proclamaron todas como presidente, despues de alguna indecision, al príncipe de Orange, á la sazón en Alemania, donde trabajaba por allegar medios para emprender una nueva campaña.

En vista del carácter de gravedad que afectaba el levantamiento, los protestantes, así de Francia como de Inglaterra, no vacilaron en prestarle sus auxilios, y tan eficaces fueron estos, que en el breve espacio de cuatro meses pudieron disponer los insurgentes de no menos de ciento cincuenta velas, y extendieron su dominación á la Frisia, Gueldrés, Jutphen y otras varias comarcas, apoderándose de no pocas ciudades, tomadas, unas por la fuerza, y otras gustosamente adheridas al movimiento.

Las importantes poblaciones de Mons y Valenciennes cayeron en poder de Luis de Nassau, que impetró y obtuvo auxilio de los adeptos franceses, y en vista de este significativo hecho, el duque

(1) Archivo de Simancas, Estado, Leg. 544.

de Alba escribió al rey Carlos, á su madre y al duque de Anjou, haciéndoles presente los servicios que habían recibido del Monarca español, y como imputándoles el cargo de prestar ayuda á los rebeldes flamencos. Contestósele negando haber tenido participacion alguna en los deplorables sucesos que habían provocado su epístola, y como ni á unos ni á otros convenia romper absolutamente, quedó el asunto en tal estado.

Tras de las muchas dilaciones ya referidas, llegó el duque de Medinaceli al puerto de la Esclusa con dos mil hombres y algun dinero; mas entonces la situación de la guerra impedía al de Alba hacerle entrega del gobierno sin menoscabo de su honra, y así se lo manifestó. El carácter que había tomado la insurrección hizo precisa la concesion de algunas de las pretensiones que constantemente habían hecho los flamencos, tales como la abolicion del impuesto de la décima y la abolicion de las restricciones impuestas al indulto, y aunque comprendiéndolo así el duque de Alba, las concedió mal de su grado; envalentonados los rebeldes, negáronse á toda avenencia, y hubo de pensar aquel en someterlos por las armas.

La pérdida de Mons era lo que mayor sentimiento causaba al Duque, y en su consecuencia, decidió recuperarla á toda costa, á cuyo fin, no siéndole posible marchar contra ella en persona por el momento, envió á su hijo D. Fadrique y al maestre de campo Chiapino Vitelli con cuantas tropas hubo á mano, y con tan mala suerte para el último, que á tiempo de sentar sus reales, recibió un balazo en la pierna izquierda.

No impidió esta desgracia que los sitiadores tomaran posiciones, y apretando el cerco pusieron en aprieto á los de adentro, aprieto cuya gravedad se hizo mayor con el desastre sufrido por el señor de Genlis que, con un cuerpo de auxiliares franceses, acudió en socorro de los sitiados, y fue completamente derrotado por D. Fadrique, quedando él mismo prisionero.

Prodigios de valor hizo aquel día Chiapino Vitelli: no permitiéndole la herida ni andar, ni tenerse en pié, hizose conducir á la batalla en un carretoncito, desde el cual, medio tendido, pero puesto á la vanguardia, ordenaba las haces, y con la voz y con las manos animaba á la pelea, y contribuyó muy eficazmente al triunfo, si bien se le recrudeció la herida, de la cual llegó á estar desahuciado.

Los dos terribles competidores D. Fernando de Toledo y el príncipe de Orange salieron de su inaccion en vista del citado hecho de armas, para completar el triunfo y pacificar el país el uno, y para socorrer á los vencidos y dar nuevo impulso á la insurrección el otro.

Contentóse el primero con acudir delante de Mons, donde se fortificó sólidamente, en tanto que el segundo, penetrando en Flandes por la frontera de Alemania, con once mil infantes y seis mil caballos atravesó el Rhin y el Mossa, pasó por Diest, Tirlémont, Malinas y Termonde, que se prestaron gustosos á darle entrada, recibió de Lovaina buena cantidad de víveres y dinero á condiccion de que no penetrara en ella, y cometiendo no pocos atropellos y crueldades, llegó frente al campamento del de Alba que intentó romper obstinadamente, siendo tenazmente rechazado.

Deseaba el de Orange obligar á aceptar combate á su rival, mas cuantos medios puso en juego para conseguirlo no bastaron á sacar á este de sus trincheras donde se encontraba fuerte, y en esta posición, el un ejército frente al otro, llegó á ambos campos la noticia de la terrible matanza de hugonotes habida en Francia, y que se conoce en este país con el nombre de *les massacres de Saint-Barthelemy*.

Este hecho, cuyos pormenores no es de nuestra incumbencia referir, produjo tanta alegría entre los españoles como desaliento entre los rebeldes flamencos, pues les privaba para lo sucesivo de todo auxilio por aquella parte, y les exponía á hallarse tambien privados del que hasta entonces habían recibido, y tanto esto como lo infructuoso de las tentativas del Príncipe para hacer levantar el sitio de Mons, y la situación precaria de los sitiados, obligó á Luis de Nassau á entregar la ciudad bajo capitulacion, y precisó asimismo á su hermano á retirarse, primero á Alemania, y despues á Delft, sufriendo grandes bajas en su ejército por las enfermedades y por las tropas enviadas por el de Alba en su persecucion, y viéndose él mismo expuesto á caer en manos de sus enemigos.

Conseguida la toma de Mons y retirado á Dillenbourg Luis de Nassau, conforme á lo estipulado, prosiguieron los españoles su tarea de pacificar el país, y el duque de Medinaceli, que había ya contribuido al sitio de Mons, en compañía de D. Fadrique de Toledo, Verlaymont y Noircarmes y otros jefes, marcharon sobre Malinas, y al entrar en ella castigaron su adhesión al de Orange con tres días de saqueo (2 de octubre de 1572). «Que es muy necesario ejemplo para todas las otras villas que se han de cobrar, porque no piensén que á cada una de ellas sea menester ir el ejército de Vuestra Majestad, que sería un negocio infinito (1).»

En el capítulo siguiente seguiremos dando cuenta de los sucesos que tuvieron lugar hasta conseguir dominar esta nueva rebelion de los flamencos.

(1) Carta del duque de Alba á Felipe II desde los reales, cerca de Malinas.—Archivo de Simancas, Estado, Leg. 153.



D. LUIS DE REQUESENS.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO CX.

Sitio de Arlem por los españoles.—Heróica defensa de los sitiados.—Tienen que rendirse.—El duque de Alba y el de Medinaceli renuncian á la par al gobierno de Flandes.—D. Luis de Requesens va en su reemplazo.—Sale el duque de Alba de Flandes.

La toma de Mons y la entrada en Malinas, hicieron mas desahogada la situación del ejército español, y en tanto que el duque de Alba y el de Medinaceli marchaban sobre Maestricht y Nimega, pudieron el coronel Mondragon y Sancho Dávila separarse con dos mil soldados del resto de las fuerzas, y marchar á Zelanda, donde hicieron innumerables proezas, ya atravesando con su gente una parte del Océano, ya vadeando ríos con el agua hasta el pecho y acometiendo incontinenti con heróica audacia huestes y poblaciones enemigas, destrozando las unas y apoderándose de las otras, siendo una de sus mas notables empresas el modo como hicieron levantar el cerco de Ter Gues, puerto del Escalda que defendia Isidro Pacheco con una obstinacion y un esfuerzos superiores á cuanto podamos decir (1).

No se descuidaba tampoco D. Fadrique de Toledo, que peleaba por la parte de Gueldres, pues en breve tiempo apoderóse de Zutphen y de Narden, cuya última villa redujo á escombros, y donde los soldados «degollaron burgueses y soldados, sin escaparse hombre nacido,» segun la misma expresion del duque de Alba, en la carta que escribia al Monarca (2).

A este triunfo siguieron otros varios que dieron por resultado la reduccion de la Frisia y la expulsion del conde Vanden-Berghe, que hubo de refugiarse en Wespalia, perseguido por los españoles.

Una vez conseguidos tan importantes resultados, acometióse la empresa de poner sitio á la ciudad de Arlem (Holanda), fortificada con esmero por los rebeldes, que desecharon cuantas proposiciones de rendicion les hizo D. Fadrique de Toledo, resueltos á perecer entre los escombros de la plaza.

En vista de esta tenacidad, procedióse á establecer el cerco, y aunque los españoles pusieron gran empeño en apretarlo, la defensa de los de adentro igualaba por lo menos al ataque. Cometiéronse de una y otra parte actos de crueldad, tales como arrojar desde el campo de D. Fadrique á los muros, cabezas cortadas con carteles como los siguientes:—Cabeza de Filipo Coninx que vino con dos mil hombres á libertar á Arlem.—Cabeza de Antonio Pictor el que entregó la ciudad de Mons á los franceses. A esta especie de reto respondieron los flamencos arrojando por sus murallas once cabezas con el siguiente lema: *Los de Arlem envian diez cabezas para que el duque de Alba no haga la guerra con pretexto de que se nieguen á pagar la décima, y para que vea que le pagamos con usura, le enviamos una mas.*

La heróica defensa de los sitiados, á la cual contribuian hasta las mujeres, la pérdida de los famosos ingenieros Cressoniere y Bartolomé Campi, y las enfermedades y trabajos que se sentian en el campo español, inclinaban á D. Fadrique á renunciar á su empresa, y hubié. alo así verificado, de no recibir una carta de su padre en que le decia «que si alzaba el campo sin rendir la plaza, no le tendria por hijo; que si moria en el asedio, él iria en persona á reemplazarle, aunque estaba enfermo y en cama, y que si faltaban los dos, iria de España su madre á hacer en la guerra lo que no habia tenido valor y paciencia para hacer su hijo.» Tal era lo resuelto que se hallaba.

Hirió en lo mas vivo á D. Fadrique esta misiva, y en adelante solo pensó en apoderarse de la ciudad, y como por un mero accidente se descubrió y privóse á los sitiados del medio de comunicacion que con el príncipe de Orange tenían, reducido á servirse de palomas correas, y como el mismo Príncipe, al intentar socorrerles, fue completamente derrotado, con pérdida de tres mil hombres, de toda la artillería y banderas, y de trescientos carros de municiones, la situacion de la plaza se hizo tan desesperada, que no tuvieron los flamencos otro arbitrio que rendirse, entregándose á la clemencia del Monarca al cabo de ocho meses de obstinada defensa (12 de julio de 1573).

«Desearia mucho que no se saquease, porque tenga lugar la misericordia y se pueda hacer el castigo que merezcan los culpados. De los valones franceses y ingleses he scripto á D. Fadrique no me deje hombre á vida, y de los alemanes las cabezas, y los otros con juramento de no servir mas á este rebelde, los eche desnudos por parte que no puedan hacer daño. Los burgueses se castigarán algunos; con los demás se usará misericordia por ejemplo de las demás villas.» Tal escribia el duque de Alba á Felipe II, y tal hizo en efecto: dos mil trescientos soldados con sus comandantes fueron pasados por las armas, ahorcados algunos ciudadanos, y multada la ciudad en cien mil escudos. Esta fue la clemencia que se propuso usar el vencedor.

Pocos dias despues de la toma de Arlem, amotináronse los tercios españoles reclamando sus pagas y arrojando de sí á sus capitanes, y como fueron todos á una, no hubo otro remedio que arbitrar á toda costa recursos, enviando el Monarca español cuatrocientos mil escudos, y proporcionando el resto, de grado ó por fuerza, varios comerciantes de Amsterdam, con lo cual se aquietaron algun tanto los ánimos.

Otro nuevo motin, no tan bien dirigido y menor fundado que

(1) Lafuente, *Historia de España*, t. VII, p. III, lib. II.
(2) Carta del duque de Alba á Felipe II, fecha en Nimega á 19 de diciembre de 1572.

surgió poco despues tuvo peor éxito, y sus autores fueron ahorcados delante de Alckamaar por disposicion de D. Fadrique, quien como ya hemos dicho era no menos duro que su padre.

No hubo ya con esto obstáculo alguno para continuar las operaciones, y prosiguiéndose estas, perdieron los rebeldes varias ciudades de Holanda y Zelanda, comarcas donde mas se sostenian, si bien costando no pocos esfuerzos y penalidades á los españoles.

En tal estado las cosas, tuvo lugar el importante hecho de ser definitivamente relevados del gobierno de los Países-Bajos el duque de Alba y el de Medinaceli por las causas que, mejor que nosotros pudiéramos manifestar, revelan las dos siguientes cartas:

«Mucha paciencia he necesitado desde que vine á estos Países (decia el de Medinaceli al Monarca), y ahora que el duque de Alba se mantiene léjos del teatro de la guerra, estoy determinado á dejarle en cuanto Zuurphen sea tomada. El Rey juzgará si es conveniente que un capitán general esté tan apartado de su ejército, y si es decorosa mi reputacion, que la direccion de la guerra y de las tropas se haya encomendado á D. Fadrique que, por la edad, puede ser hijo mio. A bien que con irme yo nada sufrirán los negocios, porque el de Alba me da ya tan poca parte de las cosas, á lo menos de los términos y resolucion de ellas, que en las que se ofrecen no me destruyen, y en las demás del gobierno que lo ha de hacer, dice que no es llegado el tiempo, y que las ocupaciones destas revueltas no dan lugar á ello (1).»

«El duque de Medina (escribia por su parte el secretario Albornoz, que poseia todos los secretos de su señor y era verdaderamente el íntimo del duque de Alba) ayuda poco á la direccion de los negocios. ¡Plugiuese á Dios que el Rey no se hubiese acordado de nombrarle, y que él no hubiera venido jamás á estos países, ó que hubiera venido así que se le nombró! Porque desde que se supo su nombramiento, comenzaron las intrigas entre los consejeros, y nacieron todos los embarazos en que nos hallamos... Si el duque de Medina se queda aquí, apostaria á que esto se pierde en ocho meses, ó acaso en cuatro.»

Tal disconformidad entre ambos Duques hacia imposible la continuacion de ambos, ó por lo menos de uno de ellos, en Flandes; y deseoso tal vez el Monarca de no desairar á ninguno, ó falto de confianza en el de Medinaceli, y no pudiendo dejar en su puesto al de Alba, á causa del mal estado de su salud, decidióse á relevar á ambos, nombrando en su lugar al comendador mayor de Castilla D. Luis de Requesens, á la sazón gobernador del ducado de Milan, y del cual nos hemos ya ocupado diferentes veces, como uno de los mejores capitanes de su tiempo.

Marchó este inmediatamente para su destino (noviembre 1573), y aunque rehusaba encargarse del mando antes de la partida del duque de Alba, hubo de hacerlo á causa del empeño que puso este mismo en obedecer las órdenes del Monarca, que le ordenaba hacer la trasmision del poder tan pronto como Requesens llegase. En su virtud, encargóse el Comendador del gobierno de Flandes en 29 del citado mes, y en situacion á la verdad nada lisonjera, pues ni habia fondos algunos en las arcas reales, ni medios de arbitrar lo suficiente para cubrir las atenciones ordinarias, y mucho menos para pagar las enormes deudas que la guerra habia obligado á contraer.

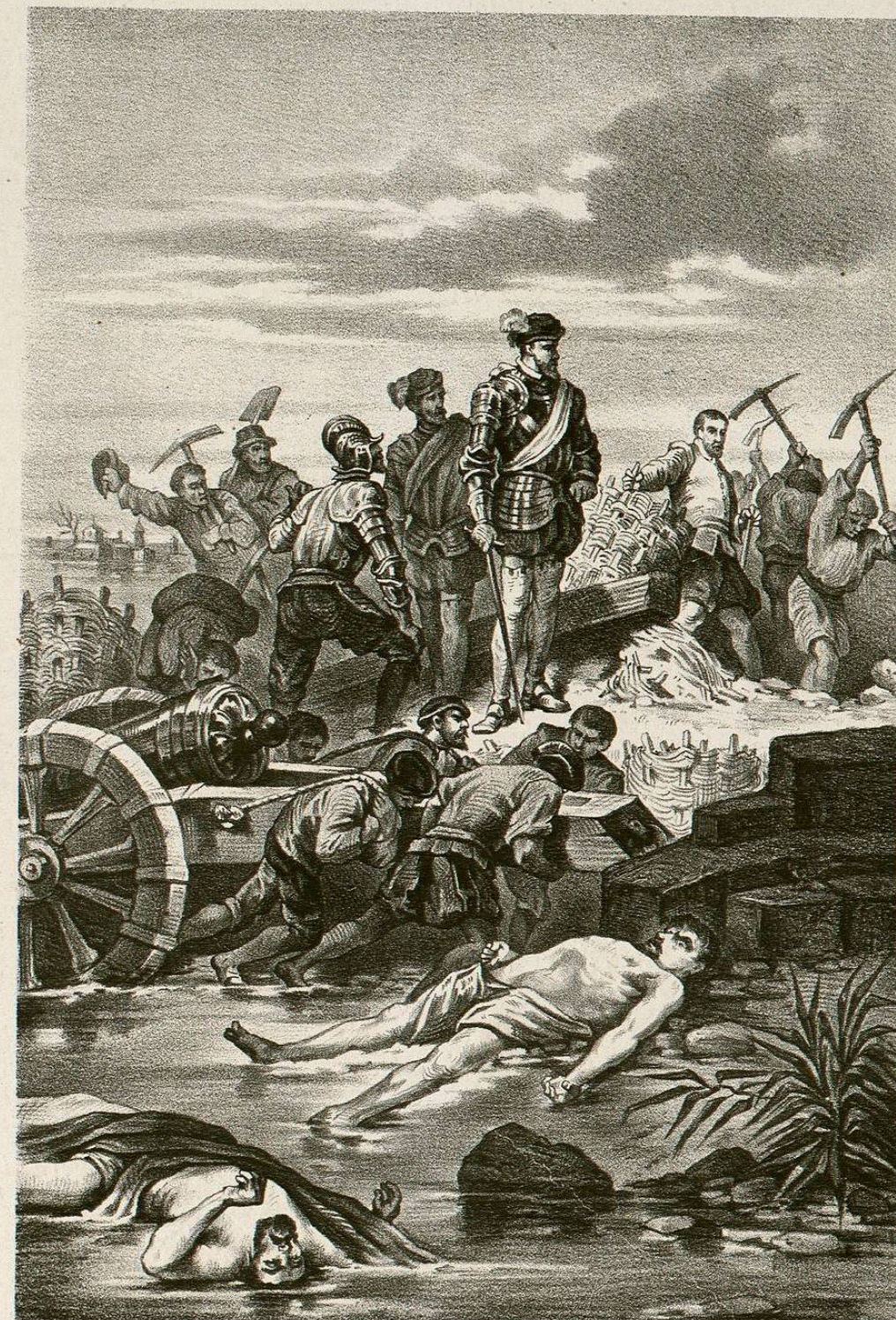
Diez y nueve dias despues de haber resignado el mando el duque de Alba, que por tan dilatado espacio y con tanto rigor habia gobernado, salió de Flandes, acompañado de su hijo D. Fadrique y de cinco compañías de caballos, con los cuales se embarcó en Génova en direccion á España.

Constaba á la sazón el ejército español de Flandes, de setenta y nueve compañías españolas que componian siete mil novecientos soldados; cincuenta y cuatro compañías de altos alemanes con diez y seis mil doscientos hombres; treinta y dos compañías de bajos alemanes con nueve mil seiscientos plazas; ciento cuatro compañías walonas, que equivalian á veinte mil ochocientos soldados, de modo que el total de infantes era de cincuenta y cuatro mil quinientos hombres, á los que hay que agregar tres mil mas ocupados en guarnecer las plazas fronterizas. Formaban la caballería treinta y cinco compañías, formando un efectivo de cuatro mil ochocientos soldados (2).

La diversidad de carácter de D. Luis de Requesens y del duque de Alba, tan prudente y conciliador aquel, como duro é inflexible este, hacia esperar una modificacion favorable en el rumbo de los asuntos de Flandes. No faltó sin embargo quien juzgara inoportuna la marcha del de Alba, diciendo que así como Augusto César no hubiera debido nacer ó no debiera haber muerto, D. Fernando de Toledo no hubiera debido ir nunca á Flandes, ó no debiera haber dejado aquel tiempo.

Pronto tendremos ocasion de apreciar si esta opinion era ó no acertada, pudiendo desde luego decir que la partida del duque de Alba causó una inmensa alegría á los flamencos.

(1) Carta del duque de Medinaceli á Felipe II, fecha en Nimega á 12 de noviembre de 1572.—Archivo de Simancas, Estado, Leg. 352.
(2) Relacion de la gente de guerra, etc., enviada por el duque de Alba al Comendador de Castilla el 18 de diciembre de 1573.—Archivo de Simancas, Estado, Leg. 351.



ROTURA DE LOS DIQUES POR LOS HOLANDESES

Hera Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26